

EL HUERFANO
DE LA PRADERO

TOM MIX

25^{cts}

1.000-

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

EDICIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sede: C/ra. Española de Librería - Barrià, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

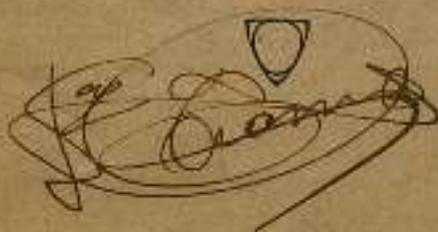
NÚM. 848

EL HUÉRFANO DE LA PRADERA

Colosal asunto del Oeste americano;
creación del «AS» de los cow-boys

TOM MIX

Transcripción del notable literato
AGUSTÍN PIRACÉS



ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Hallóle un vaquero llorando desesperadamente, como un pequeño naufrago en el mar de verdor de la pradera, dos días después de haber sido devastada la comarca por una banda de forajidos que, inopinadamente, como acostumbra ocurrir en el Oeste, habían irrumpido, destruyendo ranchos y segando vidas.

Tendría unos tres años; iba pobrecito vestido, con unas ropitas viejas y recisidas, y debía ser, seguramente, el único superviviente de alguna familia de leñadores o farmers asesinada por los bandidos horas antes. No supo decir sino que se llamaba Billy, y que unos hombres malos le habían despertado, mientras dormía; de lo demás, no se acordaba, ni Dan Spitzer, el caquero que le descubrió casualmente, quiso preguntárselo para no aumentar la pena de la infeliz criatura.

Lo llevaron al rancho de Stuart Holding, famoso en la comarca por su extensión y riqueza, y que, gracias a los elementos de defensa con que contaba y a la cantidad considerable de armas y municiones de que disponían siempre los cow-boys, había escapado

casi indemne a la satánica furia de los "gangs". A dicho rancho pertenecía el vaquero, que le había descubierto entre las altas hierbas de la pradera, casi más altas que su diminuto cuerpecito, y al propietario del mismo informó de su hallazgo.

Era este un antiguo trampero enriquecido después de treinta años de incesante lucha en el Oeste, habituado a todos los peligros de la pradera y que se había jugado cien veces la vida para abrirse paso en un camino ocupado por una banda de saltadores, o para defender el modesto cargamento de pieles o de madera, amenazado por un rebaño de búfalos furtivos. El tiempo, al disminuir sus energías, no había endurecido su corazón, al revés de lo que ocurre con casi todos los hombres amargados y prematuramente envejecidos por la lucha.

—Pobrecito nene! — exclamó —. Si lo confiamos a la autoridad, será un pobre hociquido y nadie se preocupará de su suerte. Vale más que se quede aquí.

Y allí se quedó Billy, creciendo entre los rancheros, familiarizándose con la pradera y sus peligros, en los que, seguramente, habían hallado la muerte los autores de sus días. Adiestróse en el manejo del lazo y el revólver, aprendió a tirar el cuchillo e inicióse en la difícil y peligrosa tarea de la doma de petros salvajes.

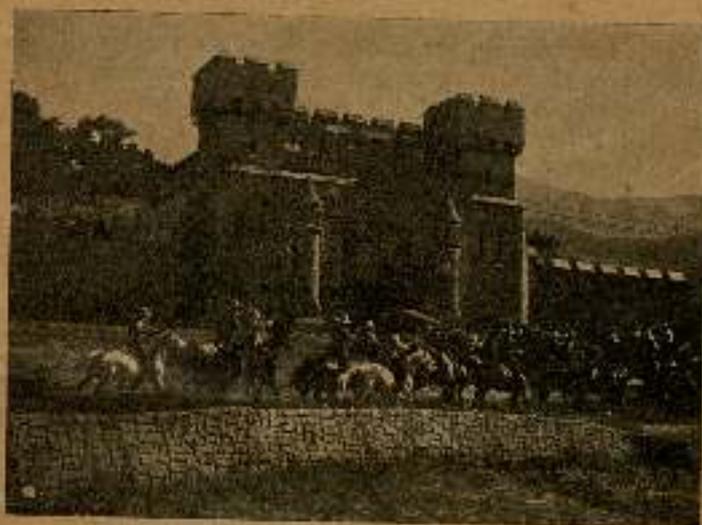
Así, a los diez años, Billy era un consuma-

do jinete, un hábil tirador y un aguerrido vaquero, al que no arredraba ningún peligro y que se aventuraba en los más recónditos lugares de la pradera, sólo, completamente y sin que le amedrantara la eventualidad de un ataque de foragidos o la sorpresa de un puma o un bisonte.

Con todo, Billy, muchacho obediente y resignado con su obscura suerte, a pesar de la vivacidad e inquietud de su nervioso temperamento, hubiese podido terminar plácidamente sus días en el rancho de Stuart Holding, casándose con la hija de algún vaquero vecino, toda rubia y toda frágil, y viviendo del fruto de su trabajo. La caprichosa suerte lo quiso de otra manera, y un incidente, en apariencia trivial, llevóle por bien distintos caminos, como verá el lector en los sucesivos capítulos.

Una mañana, Billy, como acostumbraba hacer desde hacía algún tiempo, salió con un rebaño de toros, a los que llevó a pastar a orillas del río Short, no muy cuadaloso y de corta extensión, cuyas aguas se desizaban mansamente, dividiendo en dos partes casi iguales la propiedad de Stuart Holding.

Ordinariamente, los toros no se inquietaban durante el cotidiano paseo que hacían para ir a pastar, mas aquel día dio la casualidad de que una caravana pasara cerca del rebaño, y uno de los animales, despierta su atención por los ruidos de los carros, que es-



Era un antiguo castillo, perteneciente a la época de la dominación española...

taban pintados de rojo, emprendió veloces carreras con dirección a uno de ellos.

Billy se dió cuenta del peligro que corría la caravana y empezó a gritar para que los frampeses se pusieran en guardia. Pero, o no le entendieron, debido a la distancia y a lo débil de la voz del niño, o no se les ocurrió nada para detener al fiero animal que, como un rayo, iba a arrojarse sobre el carro, con grave riesgo de destruirlo y correar horriblemente a los que lo conducían.

La situación era grave, y Billy, sin vacilar, apeló al único recurso de que podía disponer en aquellos angustiosos momentos: el lazo.

Silbó la cuerda en el vacío, y con precisión matemática, admirable, vino a enlazarse el cabo en el eterno derecho del poderoso animal, que empezó a dar terribles cabezazos para libertarse.

Pero, a pesar de los desesperados esfuerzos que hacía la fiera, Billy, sosteniendo la cuerda de un lado para otro, le impedía avanzar una pulgada.

De pronto, el niño salió despedido y fué a rodar sobre la alta y muelle hierba de la pradera. Aunque su caída fué muy violenta, tuvo la suerte de no dañarse ningún miembro, a parte del consiguiente batacazo.

Con algún trabajo, el niño púsose en pie y en mirada se dirigió, en primer término, al toro, que, inmóvil, rugía dolorosamente, sin que Billy se explicara la causa.

Tiró el lazo, que había quedado asido a su manecita, y, con la consiguiente sorpresa, vió en el cabo, enlazada todavía, el asta del toro, que éste se había arrancado de cuajo al que-verse libértar de la traba que con tanta habilidad pudiese el bravo muchachito a su furor.

—Muy bien, chico, muy bien!—dijo en aquel momento una voz a su lado—. ¡Eso que tú has hecho, hay muy pocos hombres barbudos que sean capaces de llevarlo a cabo!

Volvióse Billy y vió a un apuesto jinete,

vestido con el clásico traje de vaquero del Oeste.

—He visto lo que le iba a ocurrir a aquella gente, y he volado en su socorro. Pero estaba demasiado lejos, y mi caballo no corría lo bastante aprisa para llegar a tiempo. Afortunadamente, estabas tú, y has salvado la vida a cuantos formaban parte de la expedición. Toma.

Y, metiéndose la mano en el bolsillo, el vaquero sacó tres relucientes billetes de un dólar, nuevecitos, como acabados de estampar.

—No llevo más encima, y lo siento, porque merecías más.

—Muchas gracias—replicó el muchacho, que en el fondo estaba lleno de alegría por la generosa dádiva—, pero...

—No hay pero que valga—interrumpió el cow-boy—. ¿De dónde eres?

—Del rancho de mister Holding.

—Pues dile a Stuart, de parte de Jonny Burke, que yo te he dado este dinero, y verás como te contesta que has hecho muy bien en tomarlo. Porque—añadió riendo—a mí no me gusta que se me contrarie, y tengo tan mal genio cuando me enfado como ese toro, a quien has arrancado el cuerno.

Y, sin dejar de sonreír, Jonny se alejó, saludando muy cumplidamente a Billy con su amplio sombrero tejano.

II

La alegría del niño, después del acontecimiento, no es para ser descrita.

Aquellos tres dólares era el primer dinero que entraba en el bolsillo de Billy. En el rancho le daban buena comida, le vestían y calzaban y, de tanto en tanto, Stuart Holding le regalaba algún libro. Pero dinero contante y sonante, ni un centavo. A decir verdad, a un muchacho como él, que se pasaba la vida en el rancho, tampoco le hubiera tenido mucha utilidad.

Pero, por ese inanto sentimiento que existe en el hombre, aquellos tres dólares, que a los ojos de Billy constituían una fortuna, le infundieron nuevas energías, le hicieron entrever un mundo que hasta entonces no había soñado, acuciándole a una ansia de aventuras, de lucha y de liberación del medio humilde, en que había vivido hasta entonces. Pensó que si con sólo retener a un becerro con el lazo — cosa que a él le parecía corriente y sin ningún mérito—, había ganado aquella suma, un porvenir nuevo se abría ante él y la vida sonreía, haciéndole las más halagadoras promesas.

A media tarde, como tenía por costumbre, reunió el rebaño y emprendió el regreso al rancho.

A medida que caminaba, una secreta inquietud comenzó a apoderarse de él.

¿Qué diría Stuart Holding, cuando viera al toro descomado?

Como si todas sus ilusiones y esperanzas hubiesen sido frágiles pompas de jabón, Billy volvió a ser el muchachito taciturno y temeroso, que había sido hasta aquel día, momentos antes de la aventura del toro.

Había llegado al rancho de Stuart Holding.

El dueño estaba en la puerta, tomando el fresco. Era sábado y había terminado de pagar a los vaqueros, después de lo cual, esperaba la hora de conar, fumando una buena pipa rellena de glorioso tabaco de Kentucky.

— Buenas noches, mister Holding — dijo el niño.

Buenas noches, Billy — repuso Stuart.

En aquel "buenas noches" del dueño del rancho había una gravedad solemne, una gravedad que no estaba exenta de un tono de bondad. Holding, en efecto, lo que podríamos llamar un propietario modelo, no acostumbraba gritar nunca a su gente, sabía respetar y hacer que le respetaran. Su gesto, su modo de expresarse, que no era nunca imperioso ni conminativo, tenía esa superioridad innata que hace que se acaten las órdenes al pie de la letra, sin atreverse a disentirlas. Era bueno, noble y generoso; pero sabía serlo sin descender a familiaridades perjudiciales al buen orden del trabajo.

—¿Qué tiene ese becerro? — exclamó de pronto Stuart—. ¡Le falta un cuerno!

—Sí..., señor — respondió Billy, temblando como si acabaran de sorprenderlo en falta. — ¡Se rompió al quererle desasir de un lazo que yo le eché!

—¿Le echaste el lazo? ¡Y, por qué, se puede saber?

—Porque iba a embestir a una caravana que pasaba cerca del lugar donde estábamos... Yo vi que iba a hacer un disparate, le arrojé el lazo, y él tira que tirará, y yo sosteniendo la cuerda con todas mis fuerzas, hasta que se le rompió el asta, con tal violencia que fui a caer de espaldas encima de la hierba.

—¿Y tú solo contuviste al animal?

—Yo solo, sí, señor... Jonny Burke, el vaquero, que presenció la escena, se le podría decir... Precisamente, me dió tres dólares diciéndome, al ver que yo no los quería aceptar, que le dijera a usted que se enfadaría si no los tomaba...

El rostro de Stuart se había transfigurado... Una sonrisa dulce, de íntima satisfacción subió a sus labios. El viejo cow-boy imaginó la portentosa hazaña de aquel niño, hazaña que él, en sus juveniles años, quizá no hubiese podido llevar a cabo...

—De manera — le dijo — que te ha dado tres dólares? Has hecho muy bien en aceptarlos, porque te los merecías. Pero yo, ahora,

te voy a hacer un regalo mejor. Vamos a la cuadra.

Levantóse el anciano y, seguido de Billy, llegaron al lugar indicado por el dueño del rancho.

—¿Te gusta este potro? — preguntóle, mostrándole un joven corcel, de magnífica estampa.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—Pues, tómalo. Es tuyo. En lo sucesivo, llevarás a palear los toros a caballo. Así, si alguno se te escapa, lo podrás encorrear y evitar que cometan algún desmán.

Ante el riego presente, Billy sintió crecer sus ánimos.

—Un favor quisiera pedirle, mister Stuart.

—¿Qué quieres?

—Descarta que esta noche, después de cenar, me dejara ir un rato al pueblo. Me han dicho que han instalado un circo y...

—¡Malo, malo! — exclamó el viejo. — ¡Pronto quieres volar del nido, gallito! ¿Quieres ir a presumir el caballo y los tres dólares? ¡Malo, malo! Pensaba que los libros sanos y morales que se compraba, habían formado de otro modo tu educación... Pero, en fin: no quiero que digas que soy demasiado severo. Vete al pueblo, con la condición de que antes de las once estés aquí, o de lo contrario, entraré de nuevo en posesión del caballo y te mandaré al bosque a cortar leña durante un mes. ¿Entendidós?

—No tema usted, mister Stuart, que yo...

—Ni una palabra más. ¡Ah! Y, otra vez, no dejes pacer a los toros cerca de los caminos, que así pasan cosas como las de esta mañana. Bien es verdad, que si no pasaran cosas de esas, ni tú saldrías esta noche después de cenar, ni tendrías tres dólares, ni yo sería poseedor de un caballo menos...

Eran poco menos de las ocho de la noche, cuando Billy, después de haber cenado con excelente apetito en compañía de los vaqueros, se encaramó no sin algún trabajo sobre el estribo del caballo que le había regalado el dueño del rancho, y tomó el camino del pueblo.

Fácilmente se darán cuenta nuestros lectores del estado de ánimo del muchachito.

Pasar, en pocas horas, de humilde aprendiz de pastor a vaquero con caballo propio, tres dólares en el bolsillo y muchas ilusiones en su juvenil cerebro, era un cúmulo de emociones superior a todo cuanto él hubiera podido imaginarse.

Cuando llegó a la plaza mayor, donde estaba instalado el circo, le esperaba una sorpresa, con la que no había contado.

No lejos del circo, se hallaba su amigo Jonny Burke. Contemplaba con curiosidad a un grupo de hombres, sentados en un rincón de la plaza, en semi-círculo, que barajaban unas cartas y revolvían unas monedas...

Era una partida con ventaja.

El banquero era un tal Gary Dempster, sujeto peligrosísimo si los hay, que había hecho contrabando de armas en Cuba, tráfico ilícito de armas para los revolucionarios en Nicaragua, compra de géneros robados en México y negocio de estupefacientes en la zona del canal de Panamá, en el mismo Gatón. En una palabra: era de todo, menos hombre de bien. A la sazón, sus actividades estaban repartidas en dos negocios: el juego y la compra de ganado robado de las haciendas próximas por los "gansters", que siempre hacían de las suyas por la comarca.

Abundaba en esta los yacimientos auríferos, y no era escasa la parte de mineral que iba a parar a manos del desaprensivo Dempster, gracias a las trampas que ejecutaba hábilmente con las cartas en la mano. Tenía a su lado una pequeña balanza para pesar las pepitas de oro que llevaban los jugadores y que cambiaban por fichas de distintos valores.

Billy había cobrado, merced a las ejemplares lecturas de los libros que le regalaba Stuart Holding, una aversión profunda al repugnante del juego. Fue precisamente por eso que tuvo la curiosidad, desdeñando los atractivos del circo, de presenciar el espectáculo de una partida, cosa para él completamente desconocida.

En el momento en que el muchachito se acercaba al grupo, llegó un negro, de her-



Trepando por la cuerda del tazo...

óviles formas y elegantemente vestido. Con aire indiferente, depositó en tierra una gruesa pepita de oro que Gary cambió onseguida por unas fichas.

El negro las recogió, y sin contarlas siquiera, las colocó todas sobre una carta con aire despectivo.

Aquel gesto provocó expectación general entre los jugadores.

El banquero dió las cartas a los puntos, sacó luego la suya y, en un momento, todas

las posturas, incluso la del negro, fueron a parar a poder de Dempster.

Billy se acercó a Jonny Burke y en voz baja le dijo:

— Este hombre está robando a todo el mundo de una manera descarada!

— ¿Estas seguro? — preguntó el cow-boy.

— ¡Segurísimo!

Mientras Billy y Jonny sostenían este breve diálogo, el negro se había levantado, volviendo a los pocos instantes con otra pepita de oro, que el banquero carobió nuevamente.

Otra vez el cupedernido jugador dejó caer todas sus fichas sobre una carta.

Jonny, a su vez, echó mano al bolsillo, sacó un billete de un dólar y lo colocó sobre la misma carta del negro...

Algo anormal debió notar la penetrante mirada de Billy, porque no pudo contener un movimiento de nerviosidad.

Deslizóse como un felino hacia el lugar donde estaba Dempster y se colocó a su espalda. Observando atentamente, vió como éste deslizaba con habilidad, al sacar su suete de entre la baraja, una carta que llevaba oculta en la manga.

Jonny, puesto en guardia por las palabras que anteriormente le había dicho el muchacho, no perdía tampoco de vista al banquero y había presenciado la maniobra. Cambió con Billy una mirada de inteligencia y cuando Gary, que, como la vez anterior,

había ganado, se disponía a recoger el dinero del negro y de los demás jugadores, echó mano al cinto y arrojó diestramente el cuobillo de caza sobre la tosca madera que servía de mesa de juego. La punta de la acerada hoja fué a caer, precisamente, sobre su billete, dejándolo clavado contra la madera, mientras Burke, con el revólver en alto, encañonaba al banquero y le decía con voz de trueno:

—¡Alto, bandido! ¡Tú estás aquí robando descaradamente! ¡Llevas las cartas escondidas en la manga! ¡Coge tus pepitas, morcino, que este hombre es un tramposo!

Dempster, pálido como la muerte, iba a responder, cuando Billy, que estaba, como subimos, a su espalda, la dió un hábil empujón en el brazo, haciendo rodar al suelo cinco o seis cartas que llevaba ocultas en la manga.

El escándalo que se armó entonces no es para descrito. Los jugadores rodaron al banquero, acometiéndole y llenándole de improperios. Pero en aquel instante ocurrió algo extraordinario.

Gary Dempster silbó de una manera extraña y un grupo de facincrosos, que seguramente guardaban las espaldas del taur, diseminados entre los espectadores del vecino circo, cayeron sobre los agresores, uncañonándoles con sus pistolas automáticas.

—¡Bandidos!—exclamó Jonny Burke.

Y echó mano a su rifle, cogiéndolo por el cañón y utilizando la culata como maza. Lo hizo voltear por encima de su cabeza y en pocos instantes, dos bandidos rodaron al suelo, gravemente heridos.

La lucha amenazaba transformarse en una verdadera batalla, cuando se oyó, a lo lejos, el galopar de unos caballos.

Era la policía montada.

Ante semejante perspectiva, Dempster y su gente cambiaron de actitud.

No les convenía andar mezclados en asuntos judiciales. Procuraron escurrirse como pudieron y en pocos instantes, la plaza quedó limpia como una patena.

No fué hasta entonces que Jonny Burke se acordó de su joven amigo Billy.

—¡Muy bien, muchacho!—exclamó—. ¡Te has portado como los buenos!

Pero nadie contestó a las palabras del vaquero.

—¡Cuernos!—exclamó éste—. ¿Dónde estás, chiquillo?

En vano le llamó y le estuvo buscando en el circo, en las casas cercanas, incluso en el rancho Holding, hasta el que se trasladó por si el niño había regresado. Todo fué inútil. Billy había desaparecido.

Expliquemos en pocas palabras lo que había ocurrido.

A penas estalló el alboroto, Billy no quiso perder el contacto con Johnny Burke, y se puso a su lado con ánimo de no separarse de él por poco que se lo permitiesen los acontecimientos. Pero los hechos se desarrollaron en forma completamente distinta a lo que hubiese querido y deseado el muchachito.

Cuando más enconada era la lucha, una manaza enorme, que parecía hecha de cemento por lo ruda, se abatió sobre su rostro, tapándole la boca.

Quiso Billy defenderse, pero la mano se convirtió en tenaza, aferrándose a su cuello, mientras otra le colocaba una mordaza.

Todo esto lo había realizado Gary Dempster en persona, procurando hacer el menor ruido posible, a fin de que nadie se enterase de lo que ocurría.

Una vez tuvo al pobre muchacho a su merced, le hizo entrar, de un empujón, en un viejo portal. Allí le tuvo unos minutos oculto, hasta que uno de sus secuaces le llevó un caballo.

—Si viene la policía, ya sabéis el lugar— dijo Gary.

Y saltó ágilmente sobre la montura, llevando a Billy cogido por la cintura, bajo el brazo, como quien lleva a un perrillo.

Dempster espoleó su caballo y se perdió pradera adentro. No pasaron cinco minutos que se le unieron sus cómplices, en total, unos veinte, entre los que se contaba un piel roja que les servía de guía a través de los intrincados caminos de la comarca.

—¡La policía! ¡La policía!— exclamaban.

—No temáis— repuso Dempster— que la policía no se atezará del pueblo ni veinte millas.

Tras unas cuatro horas de galope, Gary y sus cómplices llegaron al lugar escogido por el jefe para hacerse fuertes.

Era un antiguo castillo, perteneciente a la época de la dominación española, un castillo en el que quizá había morado, en tiempos de la conquista de California, aquel gran español que se llamó fray Junípero Serra.

Instalado en las cercanías del cruce de dos caminos, debió tener en sus tiempos una gran importancia estratégica, pero al correr de los siglos y construirse la línea del ferrocarril, ésta hubo de discurrir veinte millas más allá, por cuya razón, el castillo, que durante bastantes años había sido utilizado como puesto de policía, quedó deshabitado, por haber sido trasladado aquel cerca de la vida del ferrocarril.

Allí fué donde Gary Dempster y sus cómplices se encastillaron.

El pobre Billy, rondado y molido por tantas emociones y angustias experimentadas



Billy le vió aparecer momentos más tarde.

en aquella jornada, acabó por dormirse. Y cuando despertó debía ser ya de día. Se hallaba sólidamente atado y tendido sobre un montón de infecta paja. Miró en derredor suyo, y vió a su lado al jugador tramposo.

— ¿Qué? — díjole con sorna Gary — ¿Escarmentarás, ahora? ¿O creías, acaso, que un mucoso como tú podía meterse impunemente en los negocios de las personas mayores?

Billy no contestó.

— Vamos a ver y no perdamos tiempo — siguió diciendo el miserable —. Habla claro y di la verdad, o, de lo contrario, tengo aquí un revólver que hablará muy elocuentemente. Tú amo tiene dinero, no me lo niegues. ¿Dónde lo guarda?

El niño guardó el mismo mutismo de antes.

— Responde! — gritó Dempster, iracundo —. Mandarté al otro mundo, para mí, es cosa sencilla.

— Me tiene sin cuidado — contestó Billy —. Yo no sé si mi amo tiene o no dinero, ni me ha contado nunca donde lo guarda.

— Yo no sé si dices verdad o mentira — exclamó Gary —, pero, por si acaso, vamos a arreglar las cosas de otra manera. Esta noche saldremos tú y yo juntos con unos amigos, y entraremos en el rancho de tu amo. Y, como te niegues a revelarnos dónde duerme, te mataremos como a un perro. Entretanto, como no me conviene que te mueras de hambre, ahí va eso.

Y le echó, como lo hubiera hecho con un perro hambriento, un buen pedazo de pan, tras de lo cual desató las manos al muchacho para que pudiera comer, cosa que hizo

con fruición, pues llevaba muchas horas sin probar bocado.

Seguidamente, el miserable salió de la habitación donde estaba encerrado Billy y cerró la puerta con llave, no sin antes haber vuelto a atar al niño.

Cuando éste se hubo quedado solo, comenzó a reflexionar sobre lo grave de su situación.

No sabía dónde estaba, se encontraba amarrado como un vulgar criminal y había perdido el caballo que le regaló Stuart Holding y los tres dólares de Burke, que Gary se había envidado de quitarle.

Pero, de pronto, una idea genial acudió a su mente.

¡Qué imbécil! ¡Este hombre me ha dejado las polainas puestas!

Esto, que parecía no tener ninguna importancia, era para él de una trascendencia definitiva.

En efecto; esforzándose un poco, y con ayuda de las espuelas, no era imposible romper las cuerdas con que estaba atado.

Aquella operación, sin embargo, no era tan fácil como parecía, y Billy necesitó más de una hora para llevarla a cabo. Pero, al cabo de aquel espacio de tiempo, una inmensa alegría le invadió. ¡Estoy libre!

Libre... relativamente. Se asomó a la ventana que daba luz al cuarto donde le había encerrado Gary y vió que la habitación

estaba al nivel, por lo menos, de un segundo piso.

No había que pensar en salir de allí, a lo menos por el momento...

Pero en aquel instante, un grito de alegría se escapó de sus labios.

¡Al pie del edificio, a caballo y armado con todas sus armas, como un moderno caballero andante, estaba Jonny Burke.

El bravo vaquero había seguido la pista de los criminales, y, tras no pocas horas de esfuerzo, había acabado por dar con ella.

Un breve diálogo, por señas, porque no era cosa de hablar en voz alta, con lo que se hubiese llamado la atención de los criminales — se entabló entre los dos amigos, hasta que el vaquero hizo una señal a Billy, como indicándole que esperase.

Desenrolló su lazo y, diestramente, lo arrojó a la ventana donde estaba Billy.

Este comprendió perfectamente. Recogió el cabo y lo amarró a la ventana lo mejor que pudo. Los gomas de esta eran sólidos y resistentes, y no había que temer que saltasen.

Entonces, el vaquero amarró a la silla de su caballo el extremo opuesto del lazo, y minutos más tarde, el niño se deslizaba suavemente por aquella especie de tobogán.

El vaquero le recogió en sus brazos, depositándole suavemente en tierra.

—Ahora, espérame, que voy a dar su merecida a esta canalla. Cuando yo esté dentro de la casa, suelta el lazo de la silla.

Trepando por la cuerda del lazo, como un consumado gimnasta, Jonny Burke ocupó bien pronto el lugar donde antes estaba Billy.

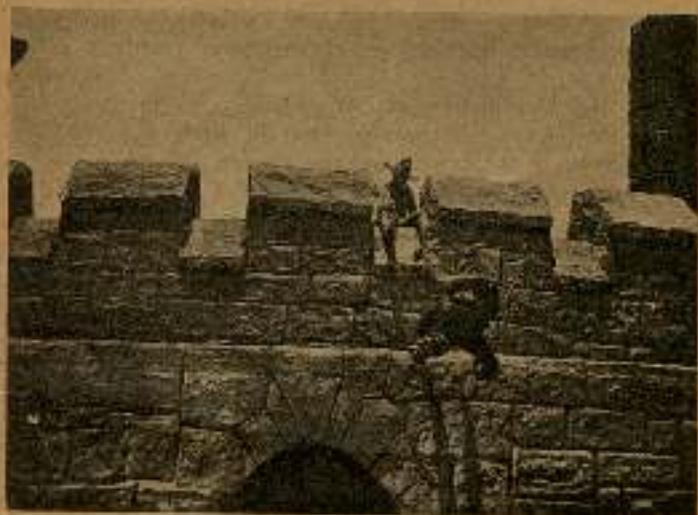
Este le vió aparecer, momentos más tarde, en lo alto del edificio, volteando el lazo, como si quisiera acometer con él a algún enemigo invisible...

IV

El vaquero, a penas estuvo en la habitación donde Billy había permanecido como prisionero, se acercó a la puerta y vió que ésta se hallaba cerrada con llave. Pero su marro estaba curcunido, con un violento empujón de sus robustos hombros, saltó como si hubiera sido de cartón.

Salió por un corredor que conducía a una especie de terrado. Por allí no se veía a alma viviente. El vaquero preparó el lazo, y así que vió a uno de los secuaces de Gary hacer su aparición, le arrojó la cuerda al cuello y luego tiró de ella con tal fuerza, que el hombre dió un grito y quedó inmóvil. Jonny le había estrangulado.

En el refugio de los bandidos estalló un concierto de improperios.



el miserable fue precipitado al exterior de la liaca...

—¿Quién diablos está ahí arriba?—gritó Dempster.

Los secuaces del jugador temblaban como hojas secas agitadas por un vendaval de diciembre.

—¿Quién diablos está ahí arriba?—repitió Dempster.—¿O es que no servís para nada, más que para repartiros el dinero que os doy? ¡Ahora vais a ver, imbéciles, si yo me arredo ante nada ni ante nadie!

Echó a correr escaleras arriba y bien pron-

to, los dos hombres se encontraron frente a frente.

Gary echó mano a su pistola y fué a disparar, pero el vaquero sacó la suya y disparó con tal precisión que el arma saltó de la diestra de Dempster.

—Ahora, cuerpo a cuerpo y sin armas, si te parece, canalla — dijo Jonny arrojando su pistola por una de las troneras.

Los dos hombres se desafiaban con la mirada. Bien pronto llegaron a las manos.

El uno era digno adversario del otro.

Por dos veces, la victoria pareció decidirse por Gary, pero en un momento de descuido, Jonny se le echó encima y le inmovilizó.

—Bien — dijo friamente el bandido —. Me rindo. Estoy a disposición de la justicia, si es que me queréis conducir ante ella.

—Entonces — dijo Burke —, seguid adelante y de espaldas, y al menor movimiento sospechoso...

No pudo terminar.

Bruscamente, Dempster dió media vuelta y agarró bruscamente a Jonny por la espalda. Pero este se rehizo, evitó la traidera acometida y los dos hombres, junto a una tronera, sostuvieron un pugilato emocionante...

Por fin la robustez de Burke pudo más, y el miserable fué precipitado al exterior de la finca por la misma tronera al lado de la cual habían estado luchando...

Rápido, el vaquero ató su lado a uno de los gruesos sillares que coronaban la finca y cinco minutos más tarde estaba otra vez al lado de Billy, que le había estado guardando el caballo...

—Ahora, en marcha — dijo. En cuanto esta gente se den cuenta de lo ocurrido, vendrán tras de nosotros, y lo que conviene es que cuando nos alcancen, tengamos a nuestro lado a las fuerzas de la policía montada.

Pero las cosas no ocurrieron como lo esperaba el valiente vaquero.

Los veinte hombres a las órdenes de Gary Dempster, a penas se dieron cuenta de lo que había ocurrido, corrieron en pos de los fugitivos.

La situación era grave, porque ellos disponían de carabinas y Burke no tenía ninguna arma de fuego, puesto que había perdido su pistola en el combate con el jugador.

Ya las balas del enemigo silbaban en sus oídos.

—Si no logramos hacernos fuertes en algún sitio — dijo Burke —, podemos darnos por perdidos.

—¡Vamos al rancho! — dijo Billy —. Allí es difícil que se atrevan con nosotros. El señor Stuart, además, es muy valiente, y los mozos vaqueros no se arrodran por nada ni por nadie.

Cinco minutos más tarde, llegaban a la finca de Holding.

Allí se hicieron fuertes nuestros amigos. Stuart tenía, como sabemos, una buena provisión de pistolas y cartuchos, y durante media hora, Burke y Holding ametrallaron literalmente el espacio, para mantener a raya al enemigo.

Pero cuando más enconada era la lucha, oyése el galopar de unos caballos, y un grupo de policías montados, formado por más de cincuenta hombres, rodeó a los "gangsters".

Esta vez, los secuaces de Gary Dempster vieron que estaban perdidos y optaron por rendirse.

Avisado el "sheriff" de lo ocurrido, se trasladó con Jonny y Billy al viejo castillo donde los bandidos tenían su cuartel general, a fin de levantar el cadáver del jugador ventajista. Su sorpresa, al reconocerlo, no tuvo límites.

—¡Por los cuernos de Belecobá!— exclamó— ¡Si este hombre es Walt Kroney!

—¿Quién es Walt Kroney?

—Walt Kroney, amigos míos, repuso el "sheriff", era uno de los hombres más peligrosos de Norteamérica. Peligroso aliado de los "gangsters", de Chicago, cometió gravísimos delitos y manchó en muchas ocasiones sus manos con la sangre de inocentes. ¿Y tú lograste escapar de sus garras, chiquillo?— añadió, dirigiéndose a Billy— ¡Pues, no sabes la proeza que has llevado a cabo!



Jonny y Billy cruzaban la plaza...

—Merced a la ayuda del señor Jonny Burke— dijo modestamente el huérfano de la pradera.

—Di que lo que has hecho tú, pocos hombres encarecidos en la lucha por la ley son capaces de hacerlo— interrumpió el vaquero—. Y yo pido, señor "sheriff", que se tenga en cuenta la brillante actuación de este muchacho si es que la captura de esa canalla merece alguna recompensa.

Diez días después de los acontecimientos que acabamos de relatar, Jonny Burke y Billy, montados en el magnífico caballo propiedad del primero, cruzaban la plaza principal del pueblo entre las inequívocas muestras de admiración de la multitud.

Iban a cobrar el premio de diez mil dólares que el Gobierno les había concedido, en premio a su heroica acción.

Cuando regresaren al rancho, Smart Holding preguntó a Billy:

—Y qué harás ahora con los cinco mil dólares que te corresponden, rapaz?

—No sé... —contestó el muchacho—. Aunque me parece que usted debe administrarlos y ser mi tutor, puesto que me ha hecho de padre toda la vida.

El viejo luchador del Oeste hubo de hacer un esfuerzo para contener una lágrima.

—Bien hablado, muchacho! —exclamó—. Pero yo ya empiezo a ser viejo, y tú necesitas a tu lado a un hombre de más empuje que yo. Y ese hombre ¿por qué no podría ser Jonny Burke? Podéis ser socios, explotar este rancho... ¿Hace la proposición?

—Si Billy no encuentra ningún inconveniente en ello, por mí queda aceptada.

Han pasado los años, y Billy es ahora un fornido y apuesto mozo, que cuida de sus

tierras con un espíritu comercial admirable, secundado por Jonny, en cuyas sienes empiezan a aparecer cabellos blancos. Su popularidad es inmensa, gracias a su bravura y buenos sentimientos, y no leudría nada de extrañeza que cuando cese el actual "sherriff", el huérfano de la pradera se encargase de hacer respetar la ley en aquel pueblo donde se reveló por primera vez, descubriendo las argucias de un fullero que robaba las pepitas de oro a los negros jugando con cartas amañadas al lado de un circo ambulante, lleno de percalina, de adornos de latón e iluminado por unas luces de acetileno...

FIN

BIBLIOTECA FILMS

la más escogida colección de
asuntos del Oeste Americano
y de emoción.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

UNA DE NOSOTRAS

Todo el mundo conoce y admira la belleza correcta de Brigitte Helm. Su cabeza de oro y luz; su rostro de líneas impecables, capaz de resistir la comparación con las más famosas esculturas griegas, y su figura esbelta y elegante han sido ya y siguen siendo la envidia y el encanto de los públicos. Nadie, sin embargo, sabía que Brigitte Helm interpretando el papel de Gilgi, la protagonista de *Una de nosotras*, es además de un acabado modelo de belleza, una actriz de perfección tan completa como su hermosura.

PROTAGONISTAS

BRIGITTE HELM

y

GUSTAV DIESSL

Precio: UNA peseta.

————— PEDIDOS A —————

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remítan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

||||| NUEVA EPOCA |||||

8-6
Carmelita Aubert
Carlos Gardel
Imperio Argentina
Margarita Carbajal
Estrellita Castro
Reyes Castizo La Yankón
Trini Moren
Elsie Bayron

Niño de Marchena
José Mojica
Eduardo Brito
Magaldi - Noda
Irusta-Fugazot Demare
Emilio Vendrell
Eduardo Bianco

30 céntimos el tomo.

ADQUIERA HOY MISMO
ALMANAQUE 1934

dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez
Carlos Gardel

Azucena Maizani - Libertad Lamarque

y como homenaje al popular y gentil autor argentino

Mario Battistella

con su última creación

Al pié de la Santa Cruz

Precio: UNA peseta

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servicio números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en billete de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.